

¿Por qué lloras?—le dice, y sollozando
la pequeñuela exclama:
—¡Que no puedo vender todos los números
y me van á matar!—¡Mi pobre Paula!
¿También á tí te pegan?—¡Es por eso
que tengo miedo de volver á casa!
—¿Cuántos números tienes?—Andrés dijo:
—¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh santa
compasión del insecto por el átomo!
Andresillo infeliz la frente baja,
compra los ocho números y sigue
el camino que lleva á su morada,
calculando los golpes que le esperan,
llena de angustia el alma.
Mientras que de rodillas en la noche,
sobre las nubes pardas,
la madre de la niña sin ventura
de gratitud y de dolor lloraba!

IV

Llegó Andrés á su cueva; vió en lo oscuro
el gastado jergón de húmeda paja,
y sobre tosca fuente, junto al fuego
el humo de las viandas.

—¡Si te queda algún número, á la calle!—
la mujer le gritó.—¡La noche es mala
y no pude vender!—con ronco esfuerzo
del niño balbucea la garganta
ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—
—¡A la calle, repito!—Y la gigante
hecha una furia de cabellos rojos,
dejó al niño y la sombra cara á cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron
es un misterio aun; tal vez el alma
enternecida de la pobre madre
sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
los quinteros que entraban
en la ciudad, rigiendo adormecidos
con mano floja, las carretas tardas,
le vieron con asombro
en el umbral oscuro de la casa,
lívido, inmóvil, azulado, muerto,
á la confusa claridad del alba!

CARLOS ROXLO

Uno de los poetas más populares del Uruguay.

CRÓNICAS SOCIALES

La futura guerra no será internacional, sino social

Todas las huelgas, mayores ó menores, tan menudeadas en estos últimos tiempos por todo el mundo, no son más que ensayos parciales de la huelga general, que tendremos más tarde y quizás cuando menos se piense. Es difícil saberse poseedores de una fuerza y resistir al deseo de ejercitarla y de probar hasta dónde alcanza.

Unase á esto la infantil curiosidad, poderoso móvil de tantas acciones humanas; el «¿á ver qué pasa?», capaz por sí solo á desafiar y arrostrar todos los peligros que puedan amenazarnos y todos los males que puedan sobrevenirnos. Los síntomas son de que, tanto los amenazados, unos por hacer alarde de su fuerza y otros de su resistencia, están deseando saber lo que pasa si la huelga general se declara. Tanto harán unos y otros que por fin se saldrán con la suya, y no tardaremos en enterarnos. ¡Triste tarea la de los gobernantes modernos, edificando sobre

terreno movedizo, haciendo cuentas sin contar con lo imprevisto, previsores de las guerras exteriores y sorprendidos por la guerra íntima! Y no hay duda: las huelgas son las guerras modernas, y de ellas deben preocuparse los gobiernos más que de las dudosas conflagraciones internacionales. Las luchas futuras serán de clases, no de naciones. Un obrero chino será más compatriota de un obrero alemán que de un capitalista ó de un letrado de su nación. Un hombre de ciencia francés estará más cerca de un sabio japonés que de cualquier espíritu grosero entre sus compatriotas. Los espíritus se saludan por afinidades espirituales, no por la proximidad material. Como el beso de la dolora de Campoamor, injusticias y males repercuten muy lejos y unen en el mismo sentimiento de agravio y de dolor á los más distantes. Por eso los que aun crean que hay algo que defender, contra los que creen

que todo
unirse esp
bre nacio
enemigo e
de patria
to será t
de las ide
mentales

Son peo
dores, terr

Un libr
mado al a
inmediata

Ellos ti
lidad par
obscurida
rior del c
pacio, mu
dentro, d
petada co
nar el mi
y su prop

Tienen
milímetros
destruc

Millone
bajo, y, s
ravillosa
las pared
los tabiq
por un si
les son co
habitante
buen día
lo último
derrumba
cha de ca

Estos
en socied
migas, h
mente u
Santa El
las movi
valles.»

¡Así ig
lectual v
gloria sa

¡Pero
los extra